

LOS GRIEGOS EN EL IMPERIO ROMANO: LA UNIÓN HACIA LA FUERZA

Rafael Urías Martínez

(Profesor del IES Rodrigo Caro. Reseña bio-bibliográfica en números anteriores)

Introducción

En los primeros siglos de nuestra era se asiste en toda la parte oriental del imperio romano a un proceso de revitalización de la antigüedad clásica que sobrepasa los meros límites literarios o intelectuales y que se convierte en un fenómeno omnipresente en todo oriente, especialmente entre los cuerpos dirigentes, las aristocracias ciudadanas.

Son múltiples los datos que muestran el proceso, y no sólo a través de iniciativas individuales: también se observa cómo en múltiples ciudades de las provincias orientales se toman iniciativas similares para adquirir la condición o categoría de griegas.

¿Por qué este afán por recuperar el viejo mundo clásico de los Homeros, Temístocles y Pericles? ¿A qué se debe esta general revitalización de las posibles (o inventadas) raíces helénicas de ciudades y familias? ¿No es acaso Roma la dueña del mundo? A intentar responder a esta cuestión se dedica el presente trabajo.

Para entender mejor vamos a contemplar el doble punto de vista, los afanes de los aristócratas de Oriente por helenizarse y a continuación los esfuerzos del poder romano por fomentar esta misma cultura helénica, como las dos patas esenciales de un mismo proceso. En efecto, el movimiento natural de estas elites ciudadanas (como siempre ha sido y será para las elites) es aproximarse todo lo posible al poder, el verdadero Poder, esto es, el poder romano. Por tanto, si estas gentes actúan así es porque en esos momentos, sobre todo a partir de la segunda mitad del s.II, hacerse griego, ser considerado con todos los derechos “helénico” es en cierto modo igual que ser considerado romano, es decir, es la forma de asimilarse al poder, algo que está continuamente en la mente de todos estos nobles provinciales.

Sostener esta idea quiere decir por tanto que en ese momento el poder romano, a su vez, se había helenizado tanto como para que la ecuación griego = romano fuera cierta. Habría que admitir una helenización del poder romano, al menos en todo el ámbito oriental

Acerquémonos primero a la visión desde la perspectiva de las aristocracias, las dueñas de las ciudades, el elemento básico en la ordenación territorial del Mediterráneo oriental.

En busca de la helenidad

Desde la época helenística (fines del s. IV a.C.) el mundo griego había asistido a una vasta extensión de sus límites geográficos. Sin embargo esta helenización nunca es completa, se mantiene en los límites superiores del ordenamiento social y geográfico, y es bien sabido que el proceso de asimilación será lento. Será sin embargo un proceso necesario, pues desde el primer momento de la conquista macedónica del Oriente, lo helénico, lo griego, había sido asimilado al elemento dominante.

En el mundo romano este proceso continua. Es conocida la tendencia del conquistador romano a apoyarse en las elites indígenas para su dominación del territorio. En Oriente no es otra la situación, y como se acaba de decir, son aquí las aristocracias griegas las que tradicionalmente han detentado el poder. De esa manera,

en época romana ser griego en Oriente llega a convertirse en garantía de relación privilegiada con el conquistador.

Por todo ello son numerosas en este periodo las iniciativas ya individuales ya comunitarias para adquirir una especie de "carta de naturaleza" griega, vistas las ventajas que ello comportaba en la relación con el poder.

Dos son las vías que permiten este objetivo. Se puede ser griego, ya un individuo, una familia o una ciudad, bien por origen (*genos*) bien por educación (*paideia*).

El griego no sólo nace, también se hace. Desde época clásica hay acuerdo en aceptar que debe ser considerado como griego aquella persona que posea una educación helénica, una adecuada *paideia* (no hay más que recordar el *Ciro* de Jenofonte). En este momento esta ecuación sigue siendo igualmente válida; por eso uno de los recursos más utilizados por aristócratas y comunidades que desean ser considerados adecuadamente helénicos es garantizar una educación conforme a los parámetros clásicos griegos. La *paideia*, la formación, griega se convierte pues en verdadera marca de las clases dirigentes del oriente imperial. En este sentido hay que entender la preocupación que se muestra entre los aristócratas por proporcionar a sus casas una adecuada educación, con el auge de escuelas y de maestros, los profesores de retórica que formarán ese fenómeno que se ha dado en llamar la 2ª Sofística. También las ciudades son conscientes de la importancia de poseer unos recursos educativos adecuados para ser consideradas helénicas, siendo este momento del s. II testigo de una verdadera generalización educativa.

El otro camino para poder ser llamado griego es el origen; por eso son abundantes los casos de individuos, y especialmente de comunidades situadas en áreas periféricas respecto al núcleo heleno original, que intentan potenciar antiguos lazos y vínculos que permitan reivindicar una condición helénica.

A través de diversos datos se observa claramente cómo estamos en un mundo donde un conocimiento exhaustivo de la antigüedad clásica y sus modelos, Homero por ejemplo, puede aparejar directamente ventajas políticas y económicas, un mundo donde la cultura y sus representantes son mucho más que meros y bellos jarrones ornamentales: la cultura representa poder, y de ahí la necesidad de explotar y trabajar en este sentido por parte de los especialistas. Se puede citar en este sentido el caso del famoso comentarista a la *Odisea* Aristodemo, que intercala conscientemente falsas referencias en el texto homérico con referencias a su pequeña ciudad de Nysa para intentar dotarla de un pasado helénico¹.

Este es también el sentido en el que hay que entender el auge que se conoce en estos momentos de las llamadas historias locales. Estamos aquí de nuevo ante un asunto de especialistas: se asiste a un espectacular desarrollo de estudios por parte de intelectuales sobre las raíces de las comunidades del mundo oriental, especialmente intensos estos estudios en tanto más marginal es la ciudad de la que se ocupan. En realidad, la materia dominante en estas historias la forman las pretensiones de encontrar vínculos antiguos que relacionen a cada ciudad en cuestión con la antigüedad clásica, buscar vínculos que sean capaces de helenizar, con mayor fuerza cuanto más antiguo y mítico sea el lazo, a muchas comunidades que sólo en la época más reciente adquirieron su pertenencia real a la órbita del mundo heleno.

En este contexto se entiende la importancia que adquiere la actuación del sofista Antíoco a favor de su ciudad natal de Egea, una pequeña comunidad asiática

¹ L. Robert "La bibliothéque de Nysa de Carie", *Hellenica* I, 144-148.

situada en el interior, y por tanto poco helenizada. Conocemos por una inscripción² un discurso suyo muy celebrado a través del cual, recurriendo a motivos míticos, encontraba y desarrollaba un parentesco antiguo entre las ciudades de Argos y de Egas: desarrolla la idea de que Jasón llega a la ciudad con una imagen divina de Perseo, en lo que quizás pueda considerarse una recreación por parte del orador de la leyenda fundacional de la ciudad. Lo que en principio pudiera ser visto como un simple ejercicio literario por parte de un orador aficionado a estos asuntos que quiere halagar a las clases cultas de su ciudad natal a la vez que ganar un prestigio fuera³ en realidad tiene un valor político que va mucho más allá: el vínculo establecido por el intelectual permite a la ciudad dos reivindicaciones de primer orden: por un lado puede reclamar un remoto origen helénico, y conseguir de ese modo para su aristocracia, por ejemplo, ser admitida en el Panhelenion; por otro le permite aspirar a la supremacía regional: la comunidad rival en su entorno, Tarso⁴, se jactaba asimismo de poseer una imagen de Apolo traída por Perseo, vanagloria igualada ahora por Egas gracias al discurso y la investigación de Antíoco. A través de un discurso en realidad se está moviendo ficha en un conflicto de tanta importancia como es la supremacía regional.

En este contexto de búsqueda de la identidad helénica, con intereses tanto desde el punto de vista de las comunidades y aristocracias como desde la visión imperial, es donde hay que entender el importante papel que juega una institución como el Panhelenion de Adriano. Esta institución en su diseño e intención resume claramente estas dos tendencias de origen distinto pero encaminado a un mismo fin, el desarrollo de la helenización como base ideológica unificadora, que venimos aquí tratando.

Era la liga del Panhelenion una institución, centrada en el gran templo en honor a Zeus Olímpico construido en Atenas, a la que el emperador Adriano, su principal impulsor, concedió gran importancia; se trataba de una organización de ciudades griegas⁵, símbolo del renacimiento del espíritu griego en este período del s. II. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, esta institución formada por los delegados de todas las ciudades que se consideraban helénicas no tiene un carácter meramente honorífico, sino que junto a su entidad cultural aporta un importante cometido político destinado a la reorganización de la parte oriental del imperio llevada a cabo por Adriano. Las aristocracias dominantes en las ciudades verán en este foro una posibilidad de primer orden para llevar a cabo una aproximación al poder representado en la persona imperial, quien preside la asamblea. La pertenencia a esta asamblea se convierte pues en un objetivo para numerosas comunidades y sus aristocracias.

Todo lo anterior muestra cómo era muy importante para una ciudad, y especialmente para sus clases dominantes, el conocer y controlar tanto argumentos que pudieran justificar su pertenencia al círculo privilegiado de ciudades helénicas como intelectuales de peso que pudieran desarrollar y exponer de la forma más adecuada estos argumentos. De lo contrario podría ocurrirle como a los habitantes de Cirene, cuyas pretensiones de incluirse en el Panhelenion fueron rechazadas.

² Vollgraff, *BCH* 1904, 421-424 n°6 = Polak, *Mnemosyne* 1906, 335-338 = Robert, *Opera Minora* IV 70 y 166.

³ La versión original del discurso fue pronunciada en Argos.

⁴ Es notoria la rivalidad entre ambas comunidades: cf. Dión de Prusa, *Or.* 33 y 34.

⁵ Podían pertenecer a la asamblea tan solo las antiguas ciudades griegas, las ciudades federales griegas y las colonias griegas.

Conocemos bien el caso al conservarse la carta imperial de respuesta donde se les negaba su solicitud. El secretario imperial argumentaba así la negativa: "Los cirenaicos dicen que el panhelenion debería recibirlos; sin embargo su pretensión de que pueden remontar su ascendencia hasta Aqueo y Doro es falsa. Sólo son libios que han adquirido un nombre helénico por su entrada en la ciudadanía".

Se observa bien aquí cómo el problema de los cirenaicos fue no contar con la adecuada asesoría técnica que hubiera podido buscar en las fuentes clásicas argumentos para reforzar su pretensión: lo que hubiera podido parecer una peregrina y bizantina discusión acerca de unos pretendidos orígenes míticos se convierte en realidad en una cuestión política fundamental, ya que por esta causa Cirene, y su aristocracia, se vieron excluidas del Panhelenion y de las ventajas que tal pertenencia aparejaba.

Como se ha visto, existe pues un claro deseo en el mundo de las elites orientales, en las aristocracias dominantes, por "helenizarse", esto es, por formar parte de una esfera que se percibe como superior. Lo verdaderamente interesante es que esta "elevación" se realiza a través de un medio que quizás no sería el más esperado para un proceso de estas características: se trata de la Cultura. Efectivamente, como hemos visto, la posibilidad de sentirse helénico, griego, es una posibilidad cultural, de educación, pues sólo a través de ésta se accede al rango superior. De ahí la importancia que adquieren los intelectuales en su papel de mediadores. Efectivamente son sólo los intelectuales, los educadores, quiénes a través de su labor proporcionan a estos cuerpos dominantes los instrumentos necesarios para incluirse en la comunidad de los elegidos, de los que integran lo que en una amplia medida podría llamarse el Poder.

Estamos pues en un contexto donde la Cultura y sus manifestaciones adquieren valor político como elemento regulador de las relaciones entre dominantes y dominados.

Esta condición es especialmente reconocida en el interior de las ciudades, donde saben que en gran medida dependen de sus escuelas de retórica, de sus figuras prestigiosas, de su fama más allá de sus propios límites para fijar su situación de poder tanto respecto a sus vecinos como, lo que es más importante, respecto al poder imperial.

La helenización de Roma

Todo este proceso helenizador por parte las aristocracias dominantes de las ciudades del Mediterráneo oriental no se podría entender adecuadamente si no comprendemos la actitud del poder romano.

Roma conocía desde el principio de su dominio la necesidad de encontrar un elemento que unificara todos los territorios heterogéneos que componían su imperio, para de esa manera poder ejercer un control completo y estable. También sabía, desde época de Augusto y su política de patronazgo, cómo un marco cultural patrocinado y respaldado por el Estado podía servir para este objetivo (no hay más que recordar a Virgilio y su *Eneida*, creada para mayor gloria del proyecto de Augusto).

Con el modelo augusteo en mente fue Nerón el primero que intentó una política consciente de patronazgo a artistas e intelectuales para conseguir un marco cultural unificador de referencia en todo el Imperio. Sin embargo su primer proyecto, basado en las referencias culturales propiamente romanas, occidentales, fracasó. Las razones del fracaso son variadas, pero quizás se pueda señalar como razón principal la pertenencia de esos intelectuales romanos que se quería vincular al proyecto

imperial al grupo social senatorial, cuyos intereses políticos no iban en absoluto parejos a los planes imperiales de gobierno autoritario en torno a su persona: no hay más que pensar en ejemplos como el de Séneca. A la vista de este fracaso Nerón fue el primero en volver la vista a oriente, y percibir que la condición periférica de los intelectuales helenísticos, pertenecientes a unas aristocracias marginadas y deseosas de acercarse a los centros del poder, los hacía más permeables a los intereses imperiales; así, también por su extensión y concepción general la cultura griega presentaba el marco adecuado. Los intentos de Nerón (su célebre discurso proclamando la “libertad” de Grecia, por ej.) no fructifican inmediatamente, pero sí sientan las bases para la posterior identificación que encontramos perfectamente establecida un siglo más tarde, ya con Adriano, entre el poder político romano y la cultura griega como dos lados complementarios de un mismo todo.

Las aristocracias orientales se sumaron con agrado a esta política imperial. Vieron en ella la oportunidad de tener una aportación propia y romper la situación de inferioridad que desde Augusto era su tónica en el ámbito del poder real. El reclamo al mundo griego desde un punto de vista estrictamente cultural que efectúa el poder romano, sin carga alguna de contenido político o de reclamo de ningún tipo de gestión, les permite no entrar en modo alguno en confrontación con el poder efectivo que en estos momentos ejerce Roma; por el contrario, les permite efectuar su propia aportación: bien es cierto que los romanos aportan el “imperio”, pero ellos aportan la cultura. Esta será la base para la creación de la conocida dicotomía según la cual de los griegos la cultura, pero de los romanos la política.

Es por ello que se observa en las aristocracias orientales un interés creciente en ofrecer una imagen pública doble, identificándose a la vez con lo romano y con lo griego, ciudadanos de su *polis* y ciudadanos del imperio. Este afán múltiple se observa especialmente bien en las representaciones plásticas de algunos miembros preeminentes de estos grupos aristócratas: es el caso, por ejemplo, de los conjuntos escultóricos que aparecen en el monumento de C. Julio Filopapo en Atenas, o en el de la biblioteca de Ti. Julio Poleameano en Éfeso. Las figuras aquí representadas aparecen en sus dos facetas: vestidas por un lado con los atributos típicos de la *paideia* helénica, y sin embargo en otra estatua con las características militares propias romanas. El mensaje está claro, son personajes que representan los dos mundos, el poder y la fuerza romana junto con la *paideia* helénica, la más valiosa aportación griega al dominio del mundo. La representación plástica cumplirá con su papel al dejar bien clara a los ojos de todos esta alianza. Esta es la postura de las aristocracias orientales frente a Roma: no, por lo general, de resistencia y enfrentamiento, sino intentando hacer efectiva la fusión con el poder mediante la exaltación de un elemento cultural helénico que ellos son los únicos en poder proporcionar.

Así pues, teniendo las dos partes (Roma y las elites orientales) una postura favorable por los beneficios aparejados, el proceso de asumir como marco general del Imperio la Cultura griega, Helénica, pudo tener lugar.

Hay una prueba muy significativa de este talante del poder central en oriente: este elemento homogeneizador helénico que se pretende conseguir tiene un mecanismo eminentemente cultural: no se necesita que las gentes sientan la pertenencia a una unidad política, algo que ya existe de forma destacada en la apariencia del Imperio; lo que se busca es que estas mismas gentes tengan al mismo tiempo conciencia formar una unidad cultural e ideológica, para evitar las posibles fisuras en la estructura política general; sólo el poderoso marco ideológico del clasicismo helénico ofrece una alternativa en este sentido. Pues bien, en este

contexto, como anticipábamos, ¿de qué manera puede el poder favorecer un sentimiento y una voluntad de pertenencia a esta supraestructura ideológica? Por un lado puede conceder, y concederá, beneficios a aquellos que voluntariamente se vayan incorporando al proyecto; pero una actitud de miras mucho mayores es favorecer desde el inicio el único instrumento que puede hacer que una colectividad humana sienta una comunidad cultural e ideológica: la educación. Sólo a través de la Educación se podrá lograr que las generaciones adquieran desde el inicio la sensación de pertenecer a un mismo grupo, a una misma Cultura. Por ello el estado romano emprenderá una activa política de protección y extensión de la educación por todas las regiones de Oriente, entendiendo siempre que se trata de una educación helénica. Recordemos una vez más el viejo e imprescindible axioma: es Griego quien ha sido educado como Griego.

Las políticas romanas en este sentido van a ser variadas: en primer lugar se protege a las personas encargadas de extender esta educación, y desde época de Vespasiano se conceden distintos privilegios, preferentemente inmunidades y exenciones, a los profesores, en una serie de edictos que posteriormente serán confirmados por Adriano y por Antonio Pío. Junto esto, hay que considerar la institución de sueldos y salarios para todos los profesores⁶; en el mismo sentido, se favorecen e impulsan desde la administración imperial los cauces para que las ciudades pudiesen estipular un sueldo para sus profesores locales⁷. Y no sólo hay un apoyo a las personas, también a la dotación de los espacios locales encargados de la función educativa, como es el caso de las bibliotecas: así Adriano firma en Halicarnaso un decreto favoreciendo la dotación de las bibliotecas por todo el territorio. También anteriormente en época de Vespasiano se había promulgado una protección especial a las asociaciones elaboradas con fines educativos. Es por tanto evidente que existe una política activa por parte de la administración romana para la extensión y generalización de la educación en oriente.

Consigue así el Estado una homogeneización cultural que le proporciona beneficios evidentes: si un habitante de Frigia tiene conciencia de ser culturalmente idéntico a un africano de Alejandría o a un libio de Tiro, aceptará de manera natural que sea el mismo el sistema político en el que estén incluidos Frigia, Tiro y Alejandría. Todos ellos van a sentirse culturalmente griegos, y así les resultara natural llamarse todos con el mismo nombre, romanos.

Ante la necesidad que desde muy pronto siente el poder romano de encontrar una amalgama para todas esas diferentes regiones que su poder político regía, la Cultura helénica clásica (Paideia) ofrece una solución. Asumiendo Roma la cultura griega como propia, eligiéndola como el trasfondo necesario de su dominio, logra establecer una unidad ideológica entre las clases dirigentes de todo el oriente que hace posible el objetivo romano de un dominio homogéneo y estable del territorio, siempre en su beneficio, como debe ser

Como resultado final y paradójico, sólo se puede ser verdaderamente griego si se está dentro del imperio romano: llega un momento en que por la actuación llevada a cabo por el poder central en el sentido que estamos estudiando el ser griego, en un concepto clásico del término, es semejante en términos de ejercicio del poder a ser romano: los verdaderos romanos no son sólo los ciudadanos romanos, sino también los griegos. Y viceversa.

⁶ HA *Vita Pii* 11.3: entregó (Antonino Pío) a los retores y filósofos honores y salarios por todas las provincias.

⁷ D. L, IX, 4.2.